

COMA

María Inés Casanovas Nión



Capítulo 1

C.O.M.A LA REALIDAD ALTERNATIVA

Capítulo 1

Tico abrió los ojos de repente como si se estuviera ahogando en el mar y emergiera del agua. Miró el techo, la luz blanca y potente le acentuaba el dolor de cabeza, cerró los ojos y los mantuvo así. Por un minuto su mente intentó poner en orden sus pensamientos. Prestó atención a su cuerpo, repasó su anatomía meticulosamente. Sentía debilidad al apretar sus manos, lo mismo cuando intentó levantar sus piernas, por las dudas no intentó otros movimientos. Una presión en su dedo índice derecho lo molesto: era un oxímetro conectado al aparato de monitoreo continuo. Se asustó cuando el tensiómetro ejerció presión sobre su brazo izquierdo, al medio minuto se desinfló. Algo le molestaba en la nariz. Se tocó y se dio cuenta de que estaba siendo alimentado por sonda nasogástrica. En un soporte había dos bolsas de suero una más grande que la otra y una más pequeña, ambas conectadas a su vendada muñeca. Tuvo ganas de orinar y pensó que no podía ir al baño, tampoco podía hablar; se desesperó ante la idea de mojar la cama. No pudo aguantar y orinó. Toco la cama y estaba seca. Se dio cuenta que tenía colocada una sonda vesical.

Sentía algo de frío, la boca seca y dolor de cabeza, un combo que lo hacía sentir muy incómodo. Un segundo antes estaba en un sueño hermoso, jugaba con sus abuelos, conoció a ese tío que se habían llevado los militares, habló mucho con él; no sentía dolores y la armonía era disfrutada sin noción de tiempo, hambre, frío o calor. Todas las tardes iban a visitar a sus padres y siempre los veía tristes; él se paraba o sentaba al lado de su madre y la consolaba abrazándola fuerte, pero solo lograba atravesar su cada vez más menudo cuerpo. Tico era un joven de catorce años, dueño de una frondosa cabellera ondulada de color castaño claro con reflejos rojizos que brillaban al sol, ojos verdes rasgados con largas pestañas y profunda mirada. En su grupo de amigos lo apodaban "Águila" por ese motivo. La sonrisa franca, manos largas y huesudas como las de su madre, conocido en su familia por no tolerar las injusticias, los malos tratos y la agresividad en general. En este momento le tocaba estar en una situación que no podía describir, en una cama, dolorido, sin poder hablar.

—¿Qué me pasó? —se preguntaba, Tico. Pronto encontraría algún indicio.

Las enfermeras estaban en pleno cambio de guardia, era muy temprano. Tico no tenía contacto visual con nadie, pues alrededor de su cama había cortinas y solo podía ver a quien tenía enfrente. Miró y vio otra cama con alguien cubierto de tubos y más aparatos que él. Cerró los ojos con la clara intención de volver a esa especie de ensoñación donde se sentía en

un estado de nirvana. Escuchó que se corría la cortina, no quería abrir los ojos por el dolor de cabeza.

—Él es Francisco o Tico, como le quieras decir, es el regalón de terapia — dijo la enfermera a la persona que la acompañaba.

Tico escuchaba todo, abrió los ojos y miró a la enfermera que había hablado, la señora se asustó exclamando un "¡Ay!" en medio de una gran sonrisa. Inmediatamente tomó su teléfono celular, marcó un número y solo dijo: "Despertó".

—Hola, hermoso. Yo soy Marta, tu enfermera de la noche, ¿cómo te sentís? —preguntó con mucha dulzura.

El hizo un intento por responder pero no pudo.

—Tranquilo, ya vas a poder —dijo Marta sin dejar de acariciarle la frente.

Con la misma ternura embebió una gasa con agua mineral y se la pasó por los labios. Él gimió y ella apretó la gasa para que bebiera aunque sea unas gotas. Tomó su mano, la notó fría, y le dio la orden a la otra enfermera que le trajera una frazada; lentamente su cuerpo fue encontrando la tibieza que había perdido.

—Parece que me leyera la mente —pensó el joven.

En un momento entró su mamá y atrás, limpiándose las lágrimas, su padre. Los vio tan cambiados, avejentados, tristes. Su madre, que se caracterizaba por su melena pelirroja, estaba totalmente canosa y había perdido bastante cabello; al padre solo le quedaban dos montoncitos al lado de las orejas. A pesar de su aspecto vencido estaban felices: lo besaban, lo apretaban, lo peinaban con sus manos, le preguntaban y abrazaban a la vez.

—Despacio —dijo la enfermera—, son dos años de estar así, le va a costar volver.

—¿Dos años? —se preguntó Francisco.

La enfermera dejó a Tico con sus padres y corrió a buscar al médico de guardia. A la media hora estaba allí indicando a los padres que se despidieran, debían hacerle varios estudios.

—Tenemos que hacerle un examen semiológico completo, una tomografía de cerebro, estudios de laboratorio y varios estudios más, luego de eso tendremos un panorama más acabado pero, en principio no hay motivos para que vuelva el estado de coma. Lo que sí les advierto que estos dos años en este estado lo han debilitado mucho, puede haber perdido la

memoria en forma total o parcial. De a poco iremos haciendo pruebas para ver si conserva el reflejo de deglución para sacarle la sonda e intentar alimentarlo de otra forma. Por el momento no va a poder hablar pero va a escuchar todo lo que le digan. Si ustedes quieren, antes de que se lo lleven a hacer los estudios, pueden estar con él un rato. La evaluación neurológica nos va a dar más de una certeza. Por ahora se abre una ventana de esperanza dada su corta edad —dijo el médico.

Otra vez sus padres y el médico rodearon su cama. Se acercaron otros profesionales, sus padres se despidieron. Luego lo llevaron a distintas salas para hacer estudios. En algún momento se durmió. Cuando se despertó estaba otra vez en la sala original. Habían pasado muchas horas y dos enfermeras estaban al lado, una más joven sostenía una bandeja con un vaso y otra mayor tenía distintos implementos. Le dijeron casi maternalmente que iban a intentar sacarle la sonda nasogástrica. No sin sufrir dolor y ardor Francisco pudo ver lo que tenía dentro de su nariz; sorprendido por las dimensiones cerró los ojos impresionado. La enfermera lo higienizó y pidió a la otra el vaso blanco que sostenía.

—Bueno, Francisco, llegó la hora de ver si podés tragar. Lo que te voy a dar es solo agua, no te hagas problema si se te hace difícil —dijo la mayor de las enfermeras.

La otra enfermera subió su cama apretando un botón y él quedó casi totalmente sentado, mientras le acercaban a los labios una minúscula cucharita. Sintió el líquido fresco en su boca y le supo a gloria. Lo mantuvo en su boca y al no animarse a tragar lo escupió.

—No importa, ya vas a poder. Tratá de tragar saliva para acordarte cómo es —sugirió la enfermera.

Francisco se concentró y lo hizo. Otra vez introdujeron la cucharita con líquido en su boca y ahora sí pudo tragar, con dificultad pero pudo hacerlo. Al rato ya había bebido medio vaso de agua y se evaluaba darle un té.

Durante la visita de las 18 horas, sus padres no podían creer la metamorfosis de su hijo. Estaba casi sentado en la cama y lucía totalmente diferente.

—Hola, hijo querido —dijo la madre llenándolo de besos—. ¿Cómo estás?
—Él asintió con la cabeza—. ¿No podés hablar?

No hubo respuesta. Los silencios preñados de respuestas iban a ser una constante hasta que un fonoaudiólogo lo ayudó a volver a emitir la voz.

Apareció la enfermera y tras saludarlos les explicó los avances y les dijo que en un rato el médico iba a darle el parte diario. De todas formas verlo

sin la sonda nasogástrica era otra cosa. El informe del médico fue halagüeño, los estudios neurológicos estaban muy bien. Además, ya que se le pudo sacar la sonda, había tomado té en cucharitas. Día a día iba a ir mejorando aunque llevaría tiempo.

—Tiene que recuperar fuerzas para poder hablar y mover sus extremidades, y de a poco intentar que todo su cuerpo recupere movilidad para desarrollar nuevamente masa muscular. Tengan en cuenta que él fue internado con doce años y ahora tiene casi quince —dijo el médico.

Francisco abrió los ojos, miró a sus padres y al médico, luego los cerró fuerte. Una gran angustia lo invadió y cantidad de lágrimas mojaron las sábanas, lloraba pero en silencio sin movimientos bruscos. No paró por un buen rato, sus padres lloraban con él y seguían hablando con los médicos. Él solo podía pensar que estuvo más de dos años de su vida en un estado similar al sueño, pero lo que había vivido en esa etapa parecía tan real.

A la semana pasó de la alimentación líquida, luego a las papillas, de eso al pollo desmenuzado y al mes estaba comiendo casi de todo. Por las mañanas y las tardes venían varios profesionales. Entre ellos una fonoaudióloga le hacía ejercitar la voz, un fisioterapeuta le hacía mover todo su cuerpo, de la manera que podía y muy progresivamente. Se tenía mucha esperanza porque había sido deportista previo a su internación. Pasaron varias semanas y su mejoría era notoria, ya podía hablar aunque se asombraba de que su voz hubiera cambiado tanto, antes parecía un niño ahora tenía voz de hombre.

Había muchas enfermeras que cambiaban dependiendo de si era de día, de noche o fines de semana. La que lo miraba de forma diferente anotando todo en una libreta que siempre llevaba en su delantal se llamaba Lucía. Un día mientras le cambiaba las sábanas le dijo:

—Los dieciocho primeros meses de tu coma hablaste mucho, en todo momento. No pude registrar todo pero tuviste algunos episodios que necesité grabar.

—¿Qué decía ? —preguntó él.

—Era variado, había días que estabas callado pero muy molesto como quien tiene un mal sueño; en otros momentos, lo opuesto: una amplia sonrisa y hasta risas.

—Me gustaría escuchar eso. Hoy cuando estemos solos traiga ese grabador y escuchemos —dijo Francisco, con una voz que aún le parecía extraña.

Luego de terminado el almuerzo, Lucía se acercó a la cama del joven.

—Este fue el primero —dijo la enfermera acercándose y poniendo auriculares en los oídos de Tico, que inmediatamente escuchó lo siguiente:

El varón que tiene corazón de lis,
alma de querube, lengua celestial,
el mínimo y dulce Francisco de Asís,
está con un rudo y torvo animal,
bestia temerosa, de sangre y de robo,
las fauces de furia, los ojos de mal:
el lobo de Gubbia, el terrible lobo,
rabioso, ha asolado los alrededores;
cruel ha deshecho todos los rebaños;
devoró corderos, devoró pastores,
y son incontables sus muertes y daños.
Fuertes cazadores armados de hierros
fueron destrozados. Los duros colmillos
dieron cuenta de los más bravos perros,
como de cabritos y de corderillos.

Francisco salió:

al lobo buscó
en su madriguera.

Cerca de la cueva encontró a la fiera
enorme, que al verle se lanzó feroz

contra él. Francisco, con su dulce voz,
alzando la mano,
al lobo furioso dijo: "¡Paz, hermano
lobo!". El animal
contempló al varón de tosco sayal;
dejó su aire arisco,
cerró las abiertas fauces agresivas,
y dijo: "¡Está bien, hermano Francisco!"
¡Cómo! -exclamó el santo. ¿Es ley que tú vivas
de horror y de muerte?
¿La sangre que vierte
tu hocico diabólico, el duelo y espanto
que esparces, el llanto
de los campesinos, el grito, el dolor
de tanta criatura de Nuestro Señor,
no han de contener tu encono infernal?
¿Vienes del infierno?
¿Te ha infundido acaso su rencor eterno
Luzbel o Belial?
Y el gran lobo, humilde: "¡Es duro el invierno,
y es horrible el hambre!". En el bosque helado
no hallé qué comer; y busqué el ganado,
y a veces comí ganado y pastor.

¿La sangre? Yo vi más de un cazador
sobre su caballo, llevando el azor
al puño; o correr tras el jabalí,
el oso o el ciervo; y a más de uno vi
mancharse de sangre, herir, torturar,
de las roncadas trompas al sordo clamor,
a los animales de Nuestro Señor.

Y no era por hambre, que iban a cazar.

Francisco responde: "En el hombre existe
mala levadura."

Cuando nace viene con pecado. Es triste.

Mas el alma simple de la bestia es pura.

Tú vas a tener

desde hoy qué comer.

Dejarás en paz

rebaños y gente en este país.

¡Que Dios melifique tu ser montaraz!

"Está bien, hermano Francisco de Asís."

Ante el Señor, que todo ata y desata,

en fe de promesa tiéndeme la pata.

El lobo tendió la pata al hermano

de Asís, que a su vez le alargó la mano.

Fueron a la aldea. La gente veía

y lo que miraba casi no creía.

Tras el religioso iba el lobo fiero,
y, baja la testa, quieto le seguía
como un can de casa, o como un cordero.

Francisco llamó la gente a la plaza
y allí predicó.

Y dijo: "He aquí una amable caza.

El hermano lobo se viene conmigo;
me juró no ser ya vuestro enemigo,
y no repetir su ataque sangriento.

Vosotros, en cambio, daréis su alimento
a la pobre bestia de Dios. ¡Así sea!,
contestó la gente toda de la aldea.

Y luego, en señal
de contentamiento,
movió testa y cola el buen animal,
y entró con Francisco de Asís al convento.

Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo
en el santo asilo.

Sus bastas orejas los salmos oían
y los claros ojos se le humedecían.

Aprendió mil gracias y hacía mil juegos
cuando a la cocina iba con los legos.

Y cuando Francisco su oración hacía,
el lobo las pobres sandalias lamía.
Salía a la calle,
iba por el monte, descendía al valle,
entraba en las casas y le daban algo
de comer. Mirábanle como a un manso galgo.

Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo
dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,
desapareció, tornó a la montaña,
y recomenzaron su aullido y su saña.

Otra vez sintióse el temor, la alarma,
entre los vecinos y entre los pastores;
colmaba el espanto los alrededores,
de nada servían el valor y el arma,
pues la bestia fiera

no dio treguas a su furor jamás,
como si tuviera

fuegos de Moloch y de Satanás.

Cuando volvió al pueblo el divino santo,
todos lo buscaron con quejas y llanto,
y con mil querellas dieron testimonio
de lo que sufrían y perdían tanto
por aquel infame lobo del demonio.

Francisco de Asís se puso severo.

Se fue a la montaña

a buscar al falso lobo carnicero.

Y junto a su cueva halló a la alimaña.

"En nombre del Padre del sacro universo,

conjúrote" dijo, ¡oh lobo perverso!,

a que me respondas: ¿Por qué has vuelto al mal?

Contesta. Te escucho.

Como en sorda lucha, habló el animal,

la boca espumosa y el ojo fatal:

"Hermano Francisco, no te acerques mucho..."

Yo estaba tranquilo allá en el convento;

al pueblo salía,

y si algo me daban estaba contento

y manso comía.

Mas empecé a ver que en todas las casas

estaban la Envidia, la Saña, la Ira,

y en todos los rostros ardían las brasas

de odio, de lujuria, de infamia y mentira.

Hermanos a hermanos hacían la guerra,

perdían los débiles, ganaban los malos,

hembra y macho eran como perro y perra,

y un buen día todos me dieron de palos.

Me vieron humilde, lamía las manos
y los pies. Seguía tus sagradas leyes,
todas las criaturas eran mis hermanos:
los hermanos hombres, los hermanos bueyes,
hermanas estrellas y hermanos gusanos.
Y así, me apalearon y me echaron fuera.
Y su risa fue como un agua hirviente,
y entre mis entrañas revivió la fiera,
y me sentí lobo malo de repente;
mas siempre mejor que esa mala gente.
y recomencé a luchar aquí,
a me defender y a me alimentar.
Como el oso hace, como el jabalí,
que para vivir tienen que matar.
Déjame en el monte, déjame en el risco,
déjame existir en mi libertad,
vete a tu convento, hermano Francisco,
sigue tu camino y tu santidad.
El santo de Asís no le dijo nada.
Le miró con una profunda mirada,
y partió con lágrimas y con desconsuelos,
y habló al Dios eterno con su corazón.
El viento del bosque llevó su oración,

que era: Padre nuestro, que estás en los cielos...

—Lo aprendí todo —comentó Federico con lágrimas en los ojos.

—Es bellissimo. ¿Qué es? —preguntó Lucía.

—Se llama “Los motivos del lobo” y es de Rubén Darío. Amo ese poema, lo estaba estudiando para recitar en el acto de fin de año antes del accidente. Lo estaba memorizando y no entiendo cómo lo pude decir de un tirón estando en coma, nunca fui un prodigio de memoria.

—Pero esto fue la primera noche, hay casi dos años de grabaciones. Ojalá todo lo que dijiste tenga una explicación tan fácil —dijo la enfermera.

Capítulo 2

—¿Quién es Cachi? —preguntó la enfermera.

—Yo no lo conocí, pero era el hermano mayor de mi papá. Desapareció en 1978, mucho antes de que yo naciera. ¿Vos cómo sabés de él?

La enfermera se estremeció.

—Lo nombraste tantas veces, contaste tantas cosas. ¿Y quiénes son Berta y Aldo? —preguntó Lucía.

—Mis abuelos maternos, tampoco los conocí —respondió Francisco.

—Bueno, para no haberlos conocido sabés bastante de ellos. ¿No te acordás nada del período en que estuviste en coma?

—Dejame pensar un rato, necesito poner en orden todo esto.

Tico se quedó solo. Pensó mucho. Cerró los ojos e intentó introducirse en ese mundo del cual tenía recuerdos difusos. Se concentró tanto que de repente estuvo al lado de su tío recorriendo lugares que podía describir perfectamente como si estuviera ahí; también recordó algunas confesiones que éste le hizo. Pensar tanto en aquello lo movilizó, eran cosas muy duras, no sabía si eran ciertas y, además, él era muy chico para manejar semejante cantidad y calidad de información.

Al rato llegó Lucía, se miraron y él sin dejar de hacer contacto visual con

los ojos de la enfermera asintió con la cabeza.

—Recordé, pero es muy fuerte —dijo el joven

—Lo sé, corazón. ¿Querés escuchar el segundo audio para ver si lo que recordaste es lo mismo que pude grabar? —preguntó Lucía.

—Sí, necesito saber —respondió Tico.

El audio duraba cuarenta minutos, en el medio había muchos silencios. Tico lo escuchó con mucha atención, en algunas partes se conmovía tanto que estrujaba las sábanas hasta que sus manos quedaban rojas, varias veces rodaron lágrimas de sus ojos cerrados. Luego de la conmoción de escuchar ese audio que complementaba lo que él podía recordar si se concentraba mucho, le pidió algo a Lucía.

—¿Te pido algo? yo aún no puedo del todo. ¿Me podrías desgrabar ese audio? Lo que entiendas, como puedas y cuando puedas —solicitó el joven.

Ella tomó su mano y le dijo que no se preocupara.

Ese día quedó exhausto, le habían hecho hacer muchos ejercicios, luego de la visita de los padres cenó y se durmió.

Los sueños fueron tan vívidos que podía jurar que nada tenía que ver con lo onírico. Estaba con su tío en un lugar sombrío de techos bajos, una luz otoñal se filtraba por las pequeñas ventanas de vidrios repartidos. Se asomaron y vieron una serie de edificios separados por calles. Era parte de un mismo complejo, también había árboles y algo de verde. Dentro, el olor era nauseabundo y los gritos desgarradores.

—Salgamos de acá, vos no podés ver todo esto —le dijo el tío tomándolo fuerte del brazo.

Al segundo estaban en la casa de Andrés, su padrino, íntimo amigo de su padre. El hombre estaba triste, pensativo. Se hallaba en cama enfermo.

—¿Qué hacemos en casa de mi padrino? —preguntó Tico.

—¿Cuánto hace que no lo ves? —preguntó su tío.

—Me cuesta decirte una fecha pero creo que en mi cumpleaños número ocho fue la última en que lo vi, luego de esa fecha me mandaba el regalo pero no vino más —dijo Tico.

—¿Recordás algo? —preguntó el tío.

—No sé, pero un día mientras iba al baño escuché a mi papá discutir con él, se dijeron cosas ofensivas, y le dijo que por un tiempo no vaya más a mi casa —dijo el joven.

La angustia que sintió recordando ese momento lo despertó. Recordó que del miedo se había hecho encima, no había llegado al baño Escuchar a dos de las personas más protectoras en su vida discutir de esa manera, con un odio reconcentrado expresado en palabras ofensivas había sido de las cosas más traumáticas de su corta vida y recién en ese momento se dio cuenta.

Eran las tres de la mañana y se adormeció otra vez. Soñó con sus abuelos maternos, eran jóvenes y también estaban acongojados. La única ilusión era tener hijos. La abuela lloraba sobre el hombro de su esposo.

—Es el cuarto que pierdo —se lamentaba su abuela.

—Bueno, pichona, ya vamos a poder, somos jóvenes —la consolaba su marido.

Esa fue una escena desgarradora para Federico, no sabía nada y estaba sensible después de enterarse que estuvo dos años en coma. Aun en sueños se vio paseando por la vereda de su casa en bicicleta cuando un coche perdió el control, lo embistió y todo fue oscuridad. Se despertó sobresaltado, no quería dormir más, eran las cinco de la mañana faltaba mucho.

En absoluto desorden iba recordando cosas, entre ellas el accidente que lo llevó al sanatorio. Con su coma algo se abrió: una ventana a un mundo al que nadie había accedido. Medio aturdido aún, se familiarizaba día a día con ese canal abierto tanto como se había acostumbrado a recorrer su barrio en bicicleta. Lo que fue más difícil era acostumbrarse a esas luces y sombras que implicaba pasar del mundo real y consciente a ese otro mundo donde conectaba con gente con la cual jamás había estado antes. Todo lo que tenía vivido hasta ahora era su infancia, su ternísima pequeña patria que si bien fundante parecía nada ante este nuevo mundo que se le presentaba. No tener mucho para contar era lo habitual, anécdotas del colegio, alguna compañera que le gustaba, algunas vacaciones con sus padres que consideraba memorables pero no mucho más. Al despertarse se encontró con un mundo nuevo, inescrutable hasta entonces y que ahora de manera inequívoca formaba parte de él.

Pasaron dos meses, un día luego de desayunar vinieron el kinesiólogo con un acompañante y le dijeron:

—Hoy es el día. Vamos a probar si podés caminar.

—Pensé que nunca lo ibas a decir —dijo Tico entusiasmado—. Trajiste refuerzos!— dijo al ver al acompañante.

Le pusieron un par de medias raras con una suela de goma abrigadas hermosas. Con unas maniobras perfectas lo sentaron en la cama. Sus delgadas piernas colgaban y casi llegaban al piso pero iba a necesitar mucha ayuda.

—Pasanos tus brazos por encima de nuestros hombros y no te hagas problemas que nosotros te sujetamos —dijo el kinesiólogo.

Tico se sentía un bebé. Puso con ayuda y miedo sus pies en el piso, las piernas le temblaban como hojas presas del viento. Era más mental que otra cosa, se veía tan esquelético que le daba pena. Sus piernas eran vitales para él antes del coma: era ciclista, había jugado rugby, vóley playero. Siempre había estado orgulloso de sus cuádriceps, la anatomía que veía no tenía nada que ver con el recuerdo que tenía de él mismo.

Con la ayuda del kinesiólogo y su auxiliar arrastrando los pies dio dos vueltas por toda la sala. Un rayo de sol le iluminó la cara, la vida iba a tomar otro sentido desde ese día.

—Bueno, pibe, hoy te vas a una sala común parece, ésta era la prueba de fuego y la pasaste como un campeón. Ahora descansá que te va a hacer falta, nos queda un montón todavía pero lo más importante es lo que hiciste hoy —dijo el kinesiólogo.

Para ellos era algo usual, pero para él volver a aprender a caminar era lo más inusual que había hecho, sin mencionar ese alter ego que podía comunicarse con ese otro mundo. Estaba ansioso por ver a la enfermera.

Habían logrado transcribir casi dos meses del primer año del coma en un cuaderno de tapa dura que le había regalado un laboratorio, sin hacer economía en el ánimo sino todo lo contrario. Había párrafos difusos, inconexos o confusos, pero por más que para la enfermera no tenían importancia, cada palabra de los audios despertaba en Tico un recuerdo, una anécdota, por eso ella respetaba todo aquello a lo que él se había referido aunque le suscitara una turbación emocional que lo dejaba al borde del llanto. La enfermera prefería dejar de comer para confeccionar el cuaderno con Tico. Hicieron lo siguiente: ante una frase o palabra que la enfermera le leía, Tico le relataba una anécdota. Luego esas anécdotas eran pasadas en limpio. Recién cuando el joven estaba de acuerdo se volcaba en un documento digital.

La enfermera había tomado esta actividad como propia. En sus veinticinco años de experiencia jamás había pasado por algo similar: veía a Tico tan

pequeño a punto de cumplir los quince con una carga de información que no le iba a ser fácil hablar con los suyos sin conflicto, y se sentía partícipe necesaria, pues lo que ella grabó en esa circunstancia, era el proyecto de ambos, fuerte y silente.

Luego de dos meses ya estaba listo para el alta. Se lo habían adelantado a sus padres. De todas maneras el hospital estaba haciendo un seguimiento de los casos similares, básicamente cómo evolucionaban a lo largo del tiempo los pacientes que habían sufrido traumatismos craneales tan severos. Tico quería volver a su casa, a sus cosas, a tener cotidianidad con amigos y reanudar lo que fue su vida antes del accidente. Pero temía perder el trabajo que estaba haciendo con la enfermera Lucía. Si bien no había podido encontrar el momento de contarles a sus padres lo que le estaba pasando y lo que sintió y vivió durante su estado comatoso, consideraba imprescindible seguir viendo a su enfermera de confianza.

Capítulo 3

A Tico le habían contado de qué manera fue esperado, lo difícil que fue su gestación y lo cuidado que fue cuando nació. Siempre creyó todo lo que sus padres decían con lágrimas en los ojos y aunque no tenía forma de comprobarlo le gustaba escuchar una y otra vez esa historia contada con afecto, desesperación, ternura y plagada de datos que permitían enhebrar una delicada narración. Lo vivido en ese estado particular en el que lo dejó el accidente era una vivencia absolutamente diferente, era propia.

De esas experiencias recordaba cosas como el profundo olor a eucaliptus en la casa de sus abuelos, ya que ambos estaban seguros de que podía morigerar el asma de la abuela una ollita a fuego mínimo hirviendo hojas del imponente árbol que a tal efecto estaba plantado en el fondo de la casa desde hacía años. No podía dejar de pensar en cómo podía describir cada detalle de la casa de sus abuelos sin haber estado jamás allí. Porque él vio el árbol de eucaliptus, lo rodeó con sus brazos pequeños, tomó una hoja, miró su particular color plateado verdoso y la estrujó entre sus manos aún de niño para apreciar el perfume tan característico que inundó su sistema respiratorio inmediatamente. Lo raro es que en la vida real jamás había tenido contacto con un árbol de esa especie.

También asistió en casa de su abuela a la preparación de una receta. Ella la hacía de manera meticulosa, pero con una naturalidad propia de las recetas practicadas cientos de veces.

—¿Qué estás cocinando abuela? —preguntó Tico.

—se llama escudella i carn d´olla, es una sopa típica en nuestros ancestros catalanes, se cuece una pilota en un caldo, en realidad para que te des cuenta es como el puchero de los argentinos, se le puede poner de todo, pero la carne es la pilota, cuando quieras te enseño la receta
—contestó su abuela.

Todas estas cosas que Tico vivía en forma tan real no tenían que ver con este mundo, él sabía que los abuelos estaban muertos.

—¿Cómo murió el abuelo? —preguntó Tico.

—Fue por una tontería que se agravó. Estaba pintando y se cayó de la escalera. No se hizo nada aparentemente pero se dio un fuerte golpe en la cabeza. No quiso ir al hospital. Estuvo muy aturdido ese día aunque al otro día se sintió mejor. Pero a los pocos días se comenzó a sentir muy mal, dolores de cabeza insoportables lo ponían muy nervioso, no podía hacer nada, se sentía muy frustrado. Se decidió que lo viera un médico, la noche anterior a que sucediera esto fue perdiendo fuerzas, no podía mover los pies ni las manos. No podía caminar. Llamé a un médico a casa, cuando llegó ya era tarde. Me dijo que ese golpe había producido un derrame que lentamente se extendió por todo su cerebro oprimiéndolo de tal forma que no lo soportó— le contó la abuela ante la atónita mirada de Tico que jamás había escuchado esa historia.

—¿Qué sabes de lo que le pasó al tío Cachi?

La abuela bajó la cabeza, una lágrima que cayó sobre el mantel fue la única respuesta.

Capítulo 4

Cuando Tico abría despertaba y dialogaba con alguien no sabía si estaba soñando, era parte de la realidad o era propio de ese mundo que se abrió durante su estado comatoso. Ese día abrió los ojos y sin mover un músculo para intentar levantarse miró el techo, las paredes, intentando buscar un dato que lo ubicara en la realidad. Estaba su telescopio, su patineta colgada, los posters, los cuadritos; en resumen, estaba en su habitación. Se levantó, débil aún, bajó las escaleras y vio a sus padres desayunando.

—Hola, hijo, ¿cómo te sentís? —preguntó la madre.

—Físicamente débil. Me costará reponerme, creo. Anímicamente raro. ¿Me das los medicamentos? —dijo Tico.

Desayunó, tomó la medicación y se generó un incómodo silencio entre él y sus padres. Tico quería preguntarles detalles de la desaparición del tío Cachi y contarles lo que había visto en esos otros mundos, pero no se animaba porque veía que sus padres habían sufrido mucho y temía que se sintieran mal. Pero ese silencio le hacía un nudo en la garganta. Media hora de silencio era absolutamente ensordecedor.

—Papá, ¿cómo desapareció el tío Cachi? —se animó a preguntar Tico.

El padre se recostó en la silla y se puso pálido.

—¿Por qué me preguntás sobre eso hijo? —atinó a decir el padre.

—Mientras estuve en coma tuve algunas revelaciones y quería cotejarlas con vos —respondió el hijo.

El padre puso sus manos en la barbilla mientras abría su boca por la sorpresa, la madre los miraba incapaz de decir palabra.

—Bueno, hijo, él estaba en una organización, muy comprometido y en el momento en que se lo llevan estaba en una casa de la Provincia de Buenos Aires, nunca supe la dirección.

—Pero mi padrino sí, ¿no? —preguntó Tico.

El hombre casi se desvanece. Se levantó de la silla y fue a calentar el agua para el mate mientras ponía en orden sus ideas, consciente de que su hijo no le quitaba la mirada de encima y esperaba una respuesta. Su silencio se prolongó por un rato largo, sus manos sobre la pava, mirando al vacío, parecía una estatua. Por fin, antes de que el agua hirviera, sacó la pava del fuego, llenó el termo y volvió a la mesa.

—Mirá, hijo, respecto a tu padrino solo te puedo decir...

—Esperá —dijo el Tico—. Yo te voy a decir lo que sé y vos me vas a corregir si algo de lo que yo sé no es así.

El padre y la madre se miraron con inquieto asombro.

—Hace unos cuantos años, creo que yo tenía seis, me levanté al baño y pasé por tu cuarto, vos estabas discutiendo con mi padrino. Me asusté porque gritaban muy fuerte, peleaban tanto que temí que se golpearan. Me quedé en la puerta, me oriné encima pero escuché todo. Si bien era pequeño, le decías al padrino que él tenía mucho que ver con la desaparición del tío. ¿Te acordás? Después de eso el padrino mandaba sus regalos por correo pero no vino más. Cuando estaba en coma tuve acceso a una información en primera persona. Estuve en la casa donde secuestraron al tío. Estaba en la calle Boluogne Sur Mer en Banfield. El tío

estaba en un cuarto que tenía una entrada camuflada, sabía que lo buscaban. Aunque no lo creas vi todo eso, el operativo contaba con tantos militares con armas largas que creía que el tío era el más peligroso de los delincuentes; después me enteré que no era así. Yo estaba con él y presencié la brutalidad con que los militares derribaron la puerta. Eran ocho los que lo agarraron de las ropas y del pelo. Él no se opuso. Cuando lo sacaron, parado al lado de un auto verde largo estaba fumando un cigarrillo el padrino. El tío lo llegó a ver. El padrino lo miró con una mirada espantosa e hizo una mueca parecida a una sonrisa. Luego de ese día pude saber que lo habían llevado a un lugar en Avenida Libertador. La pasó muy mal, querían que dijera datos de sus compañeros pero él no era como el padrino. Estuve ahí cuando lo mataron. Mientras lo torturaban alguien no soportó que no dijera nada y le dio un balazo en el medio de los ojos. Murió instantáneamente. Luego lo tiraron al agua junto con algunos prisioneros, algunos muertos, algunos vivos. Sé que su cuerpo apareció en la costa. Te podría decir exactamente el lugar, es en Santa Clara del Mar.

Los padres lloraban. Lo que acababa de decir Tico era mucho más de lo que sabían, ya que ellos hicieron muchas cosas pero nunca supieron nada de él.

—Otra cosa, el tío no les dijo nada pero tenía una compañera, Isabel. Cuando se llevaron al tío estaba embarazada de cuatro meses. Tuvo un hijo, se dónde viven, quiero conocer a mi primo.

Capítulo 5

El Equipo Nacional de Antropología Forense pudo hacer un exhaustivo informe respecto del desaparecido N°4651 del cual poco sabían. Si bien el padre había dejado su muestra de sangre jamás se pudo cotejar.

Tenían la posibilidad de armar un equipo para ir a Santa Clara para dentro de un mes, lapso que Tico aprovechó para escuchar todo lo que dijo en coma y que en su casi totalidad había sido desgrabado por la enfermera que estaba fascinada con su caso. Dio con un detalle que no había tenido en cuenta. El tío Cachi le decía mi Colorada a su compañera. ¿Sería pelirroja? Ese dato no lo tenía presente en su memoria, pero iba a hacer todo lo posible por meterse en ese mundo raro y verificarlo. No sabía si iba a poder, cada vez que intentaba no lo lograba. Esa misma noche lo intentó, no lo logró pero soñó con su tío. Se encontraba en su casa de Banfield hablando a una persona que estaba de espaldas y, si bien la imagen desapareció rápidamente, llegó a darse cuenta del color rojizo de la

enrulada cabellera de su interlocutora.

Al mes estaban ante la tumba del NN que Tico indicó como la tumba de su hermano. El Equipo Nacional de Antropología Forense trabajó con muchísima profesionalidad. Cuando el padre vio los restos que poseían las manos atadas en la espada pudo reconocer una particularidad de la dentadura de su hermano mayor. De todas maneras esperó el tiempo prudencial que llevó el cotejo de los ADN.

Después de un mes, llamaron a la familia para darles el resultado de los exámenes. Efectivamente era su hermano. El padre abrazó a su hijo llorando y agradeciendo. Los antropólogos esperaron y preguntaron si no sabían nada de Isabel Eizmendi, su compañera. Todos se miraron y Tico dijo que él sabía que estaba en Villa Giardino, Córdoba. Se hizo un silencio que quebró el jefe de los antropólogos.

—¿Cómo tenés esa información? —preguntó con acento extranjero.

—Lo soñé al igual que la ubicación de la tumba —respondió Tico.

A la semana estaban volando hacia Córdoba, Tico sabía que era en la calle Las Acacias 343 bis. Pararon en un hotel, alquilaron un coche y luego de descansar buscaron la casa.

—Papá, mamá, después de esto quiero hablar con ustedes respecto de muchas cosas más que vi en mi coma, quiero que hagan pilota y les quiero contar cómo murió el abuelo Aldo —dijo Tico.

—Perfecto, hijo. Una cosa por vez —respondió el padre.

Tocaron el timbre y atendió la puerta un hombre joven de unos cuarenta y dos años, cuya fisonomía era casi idéntica a la de Tico, con la diferencia de edad: alto de ojos verdes y rasgados, sonrisa franca, manos largas y huesudas, y una abundante cabellera rojiza y rizada. Atrás una voz femenina preguntó:

—Esteban, ¿quién es?

—No sé, mamá, no los conozco —contestó el joven.

El verdadero nombre de Cachi era Esteban.